

determinación de Prusia, pero que, defendiendo tanto la causa de Alemania como la de Rusia, no desesperaba de tener muy pronto á los soldados prusianos de su parte. Con Mr. de Saint-Julien mostróse menos indulgente. Después de ocultarse por largo tiempo, ya no pudo evitar el encuentro del emperador Alejandro. Al principio negó la existencia del tratado de alianza, y al parecer no sin algún fundamento, pues su corte, para que mejor engañase, comenzó por mantenerle en engaño, haciendo que lo ignorase todo. Y si algo sabía no era sino por algunas confidencias de Mr. de Lauristón, quien le dijo más de lo que hubiera querido saber. Trató, pues, de poner en duda la existencia del reciente tratado de Austria con Francia, alegando en apoyo que nada se le había avisado de Viena, pero Alejandro le interrumpió inmediatamente. «No neguéis, le dijo; lo sé todo: personas intermedias y seguras, que nunca me han inducido á engaño, me han enviado copia del tratado últimamente firmado por vuestra corte:» después, enseñándole á Mr. de Saint-Julien confundido, añadió que estaba profundamente asombrado de la conducta seguida por Austria, y que la consideraba como un verdadero abandono de la causa europea; que no era él solo quien se hallaba interesado en esta lucha, sino todos los príncipes que apetecían conservar una sombra de independencia; que mientras no había visto en la alianza francesa más que á los pequeños príncipes alemanes, colocados bajo la mano de Napoleón, y aun á Prusia, privada de todas sus fuerzas, no había experimentado ni sorpresa, ni desaliento, pero que la accesión de Austria á esta especie de liga no podía menos de confundirle y de conmovérle en sus más firmes resoluciones; que solo no podía defender á Europa; que, puesto que se le abandonaba, seguiría el ejemplo de todos, entrando con Napoleón en tratos; que al cabo saldría menos perdidoso que los demás de esta sumisión universal, hallándose lejos de Francia, siendo poco lo que Napoleón le pedía, y pudiendo salir del paso con algunas mortificaciones de amor propio; y que, pasadas estas mortificaciones, quedaría tranquilo y aun independiente por la distancia, mientras los demás serían esclavos. Al pronunciar Alejandro estas palabras, mostrábase conmovido, airado, y había algo de menosprecio en su actitud y en su lenguaje. A estar Mr. de Saint-Julien menos sorprendido y menos turbado, le hubiera podido responder que en 1809 no escrupulizó Rusia declarar la guerra á Austria, sin curarse de la independencia europea, y que, si hoy llamaba á todos á la resistencia, consistía en que, en vez de llegarle á ofrecer los despojos de sus vecinos, se la exigía el sacrificio de su comercio á la política marítima de Francia, de cuyas resultas empezaba á ver la independencia de Europa en peligro. Mr. de Saint-Julien, que pertenecía á aquella vasta parcialidad aristocrática esparcida por todo el continente y animada contra Francia de un odio profundo, no supo excusarse más que alegando su ignorancia, y prometió que dentro de poco tendría que dar explicaciones satisfactorias. Fáciles de prever eran estas explicaciones como reducidas á que no se debía considerar formal la alianza con Francia, que se había concluido á la fuerza (1), y

(1) Hablo á tenor del mismo despacho de Mr. Saint-Julien, llegado á conocimiento del gobierno francés, y escrito con un pesar de la alianza, que prueba su sinceridad. (N. del A.)

que en esta nueva guerra no se haría mucho daño á las armas rusas.

De consiguiente, el emperador Alejandro no conservaba la más leve duda sobre el desenlace de esta crisis, y consideraba del todo imposible un ajuste amistoso. Resuelto estaba, sin embargo, de acuerdo con Mr. de Romanzoff, siempre muy adicto á la política de Tilsit, á no tomar la iniciativa de las hostilidades, y á reservarse de este modo la única eventualidad de paz que aún quedaba, si, contra todas las verosimilitudes, sólo se había armado Napoleón para negociar sobre las armas.

Su proyecto era mantener sus avanzadas junto al Niemen, sin pasar este río, sin llegar siquiera á su curso por el contorno de Memel, donde la orilla izquierda pertenecía en parte á Prusia, y respetar así escrupulosamente el territorio de Napoleón. Algunos espíritus exaltados, con especialidad entre los refugiados alemanes al servicio de Rusia, aspiraban á empujar á Alejandro hacia adelante, y le aconsejaban que invadiera, no solamente la Vieja Prusia, sino también el Gran Ducado, siempre con el designio de agrandar el desierto que se trataba de crear ante los pasos de Napoleón. Negóse el zar á ello, y halló acordes con él á su familia, á su corte y á su nación, pues si no se quería sufrir el yugo de Napoleón, tampoco se deseaba precipitar la guerra con tan formidable adversario. Tomó, pues, el partido de aguardar todavía un acto, no ya más significativo, pero sí más agresivo que la marcha de los franceses sobre el Vístula, para partir para San Petersburgo. En las últimas entrevistas que con Mr. de Lauristón tuvo, no simuló ninguno de sus sentimientos, y muchas veces se le escaparon algunas lágrimas al hablar de la guerra que creía segura, y de la coacción á que se le quería sujetar contra toda justicia, contra el tratado de Tilsit, que no decía nada de esto, á renunciar á todo comercio con los neutrales. Repitió que nada tenía que ver con los decretos de Berlín y de Milán, expedidos sin consultarle; que sólo estaba comprometido á mantener el estado de hostilidad contra Inglaterra, á cerrarla sus puertos, compromiso que cumplía mejor que Napoleón con su sistema de las licencias, y que exigir más equivalía á pedirle lo imposible, á reducirle á la guerra, que haría de mal grado, como en su manera de ser podía verse, pero que la haría terrible y á la desesperada luego que se le obligase á desenvainar el acero.

Preocupado de continuo con las noticias procedentes de las fronteras, que aguardaba ver transpuestas de un momento á otro, preguntó á Mr. de Lauristón, si por acaso tenía facultad para suspender el movimiento de las tropas francesas. Mr. de Lauristón, que sobre este punto no estaba autorizado más que á precaver el paso del Niemen por los rusos, no se explicó á las claras, si bien contestó que por sí enviaría aviso á las avanzadas francesas, para tratar de detener su marcha, si se presentaba alguna proposición que mereciese ser transmitida á París. Comprendiendo el emperador Alejandro por la vaguedad de este lenguaje que Mr. de Lauristón no podía gran cosa, repuso que al cabo era muy natural que Napoleón, cuyos designios estaban siempre muy bien calculados, no hubiese dejado á un embajador suyo el arbitrio de detener los movimientos de sus ejércitos, y pareció renunciar completamente á este recurso extremo. Mr. de Lauristón le estrechó mucho para que, si

no enviaba á Mr. de Nesselrode, respondiese á lo menos al paso que Napoleón había dado por medio de Mr. de Czernicheff, despachando á alguno con instrucciones, con poderes, y una carta que se debía á Napoleón en todo caso, pues había escrito primero. Como importunado Alejandro por tal instancia, que satisficiera instantáneamente de considerarla propia á salvar la paz, respondió que á alguien enviaría sin duda, pero que de nada serviría este paso y que no había probabilidad alguna de negociar con fruto, pues ciertamente para negociar no había Napoleón removido tales masas de hombres y llevádaslas tan lejos.

Efectivamente, para no incurrir en falta y no quedar con sentimiento, Alejandro se determinó á escribir á Napoleón una carta en respuesta de la que Mr. de Czernicheff había llevado, carta triste, dulce, pero altiva, en la cual manifestaba que en todas las épocas había querido arreglarse de una manera amistosa, y que algún día testificaría al mundo lo que había hecho por conseguirlo; que despachaba al príncipe Kourakín poderes para negociar, poderes que á mayor abundamiento siempre tuvo este personaje, y que deseaba ardientemente que sobre las nuevas bases indicadas se pudiese llegar á un pacífico acomodo. Mr. de Serdobín debía ser el portador de este último mensaje. Las condiciones, que estaba encargado de transmitir al príncipe Kourakín, eran de aquellas que se proponen cuando ya no se espera nada y sólo se procura salvar el decoro. Alejandro estaba dispuesto, decía, á entrar en negociaciones y á tomar por Oldemburgo la indemnización que se le ofreciera, fuese la que fuese; á introducir en el ukase de diciembre de 1810, de que se quejaba la industria francesa, tal cambio que fuese compatible con los intereses rusos; hasta á examinar si el sistema de comercio imaginado por Napoleón podía ser adoptado en Rusia, bajo condición de que no se pediría la exclusión absoluta de los neutrales, americanos sobre todo, y de que se evaluaría la Vieja Prusia, el ducado de Varsovia y la Pomerania sueca. En este caso comprometíase Alejandro á desarmar inmediatamente y á tratar de un modo pacífico y amistoso de cuantos puntos originaban las cuestiones entre ambas potencias.

Hablar á Napoleón de un movimiento retrógrado era cosa que no se ensayara, si se hubiese creído que deseaba negociar en París formalmente. Pero Alejandro y Mr. de Romanzoff no conservaban ya esperanza alguna, y si enviaron á Mr. de Serdobín, fué de resultas de las vivas instancias de Mr. de Lauristón, quien probaba los últimos esfuerzos por salvar la paz, aun no teniendo tampoco ni una luz de esperanza. Cerca de un mes había transcurrido desde la llegada de Mr. de Czernicheff, cuando el 8 de abril partió Mr. de Serdobín de San Petersburgo. Algunos días más pasó el emperador Alejandro en agitación extremada, y durante este tiempo la sociedad rusa, que comprendía sus sentimientos, y los apoyaba respetuosamente, esmerábase en tratar á los franceses con miramientos en todas partes, en no provocarlos, en no mostrárseles ni jactanciosos ni asustados, y en acreditarles sólo una resolución tomada con pesadumbre, pero firme.

Aún no se había contraído compromiso con Inglaterra, bajo la idea vigorosamente fija de mantenerse libre, y de no aventurar ningún paso que pudiera hacer la

guerra inevitable. Mas por medio de Suecia se entablaron tratos indirectos, que produjeran una avenencia en el instante en que ya no hubiese que guardar contemplaciones. Llegado ó próximo á llegar este instante, puesto que Napoleón no había vacilado en concluir sus alianzas con Prusia y Austria, Alejandro hizo partir á Mr. de Schutelen para Estokolmo, á fin de tratar con Mr. Thorton, agente inglés enviado á esta capital, y acordar juntos, no sólo las condiciones de la paz con Inglaterra, sino las de una alianza ofensiva y defensiva, bajo el concepto de una guerra á muerte contra la Francia.

Sirviéndose de la mediación de Suecia, necesitábase al cabo entenderse con ella sobre lo que le concernía, y optar entre su alianza íntima ó su hostilidad declarada, pues con tanta premura exigía el príncipe Bernadotte, que, sin estar aún revestido de la autoridad real, la ejercía, una respuesta á sus proposiciones. Largo tiempo había titubeado Rusia en comprometerse con la corte de Estokolmo, porque aún no quería estar ligada, porque consideraba como gravísimo despojar á Dinamarca en provecho de Suecia, porque finalmente no tenía confianza en el carácter del nuevo príncipe real, pues, fiel ó traidor hacia su antigua patria, merecía igualmente que se le mirase con recelo. Sin embargo, la urgencia hacía que se desvanecieran estas razones. Ya no había que guardar miramientos: ya no había que contemplar á Dinamarca, tratándose de ser ó no ser para el imperio ruso, y en cuanto á las verdaderas relaciones de Bernadotte con Francia, la ocupación de la Pomerania sueca por las tropas del mariscal Davout acababa de ponerlas en completa evidencia. Por consiguiente el 5 de abril (24 de marzo para los rusos) concluyó el emperador Alejandro un tratado con la corte de Estokolmo, según el cual le concedía el objeto ardiente de sus votos, es decir, la Noruega. En este tratado, destinado á permanecer secreto, se garantizaban las dos potencias sus posesiones actuales, es decir que Suecia garantizaba á Rusia la Finlandia, y sancionaba así su desposesión propia. En cambio Rusia prometía á Suecia ayudarla á conquistar á Noruega en lo presente y á conservarla en lo venidero. Para el cumplimiento de estas miras comunes, debía Suecia reunir un ejército de treinta mil hombres, y de prestarle otro de veinte mil la Rusia: al frente de estos cincuenta mil hombres el príncipe real había de invadir primeramente la Noruega: consumada esta operación, que se tenía por muy fácil, obligábasele á bajar á cualquier punto de Alemania para coger de revés á las tropas francesas. Se sobrentendía que los subsidios y las tropas de Inglaterra concurrirían á esta diversión formidable. Respecto de Dinamarca, despojada tan presuntamente, se debía dar un paso de cortesía, avisarla de lo estipulado, ofrecerla prestarse á ello mediante una indemnización en Alemania, que no se designaba, pero que no podría dejar de proporcionar la futura guerra. Si no consentía Dinamarca en una proposición presentada en tal sentido, se le debía declarar hostil al instante, y como se podía dudar del efecto de este tratado en la opinión de Europa, y aun en la de Suecia, que era honrada y amiga de Francia, acordóse, sin escribirlo, que el gabinete sueco empezaría por declarar, no su alianza con Rusia, sino su neutralidad respecto de las potencias beligerantes. De la neutralidad pasaría después al estado de guerra contra la Francia.

Para Alejandro la cuestión más importante era la paz con los turcos. Por virtud de la persistencia con que se les exigía una parte de su territorio, rompieron las negociaciones y renovaron las hostilidades. Razón decisiva para los turcos sobre no ceder nada, fué la certidumbre de una próxima guerra de Francia con Rusia. No obstante, se obstinaban en no ser nuestros aliados, porque el resentimiento de la conducta observada en Tilsit no se había borrado de su alma, aunque la nueva política de Francia era de índole propia á desagruarles. Su anhelo se reducía á aprovechar la ocasión para salir indemnes de esta guerra, sin mostrarse parte en la disputa que se iba á empeñar entre dos potencias, á las cuales tenían la imprevisión de aborrecer á la sazón en el mismo grado. Nada podía ser más funesto para Rusia que una continuación de hostilidades contra los turcos, pues independientemente de un ejército de sesenta mil hombres sobre las armas, lo cual no suponía menos de cien mil efectivos, veíase obligada á mantener otro de cuarenta mil á las órdenes del general Tormasof, para que las fuerzas del Dwina y el Dnieper se dieran la mano con las del Danubio. Recuperar la disponibilidad de estos dos ejércitos era de importancia suma, cualquiera que fuese el plan de campaña que se adoptase.

En torno de Alejandro fermentaban las cabezas, tanto entre los generales rusos como entre los oficiales alemanes, que por librarse de la influencia de Napoleón se habían refugiado en su corte. Todos los dados á quimeras juzgaban posible invadir la Iliria y la Italia con dichos cien mil rusos, arrastrar á Austria, y preparar quizá la ruina del imperio francés en desquite de la agresión intentada por Napoleón contra Rusia. A su vez este resultado era casi seguro, si se firmaba sin dilaciones la paz con Turquía, y si se llevaba la avenencia hasta una alianza. Sin aspirar á resultados tan extensos pensaban los espíritus más prácticos que los cien mil hombres, trasladados del Danubio al Vístula y cogiendo de flanco á los franceses, bastarían para cambiar la suerte de la guerra. Alejandro que, á fuerza de ocuparse en combinaciones militares, había llegado á adquirir ideas exactas sobre la materia, se inclinaba á este último dictamen. A su lado tenía un hombre, que por sus opiniones casi liberales, y por su talento brillante y vivaz le agradaba sobremedera y de quien esperaba eminentes servicios; era el almirante Tchitchakoff. En él fijó los ojos para encargarle de una misión importante en Oriente, y la elección estaba bien entendida, porque el almirante era idóneo tanto para la parte práctica como para la parte quimérica del papel que se le destinaba en aquella comarca. Alejandro le dió el mando inmediato del ejército del Danubio y el mando eventual del ejército del general Tormasof, actualmente en Volhinia; le encargó hacer en Turquía la paz ó la guerra; le autorizó para prescindir de una porción de exigencias rusas; para contentarse, por ejemplo, con la Besarabia, tomando el Pruth por frontera en vez del Sereth; para negociar á este precio, no sólo la paz, sino una alianza con los turcos; para atacarlos de pronto, si, por el contrario, no lograba hacerlos entrar en la política rusa; para caer finalmente sobre ellos y arrancarles con un acto vigoroso lo que no se alcanzara por la vía de las negociaciones; para apoderarse quizá de Cons-

tantinopla, y para tornar en seguida con los turcos ó sin ellos y lanzarse ó sobre el imperio francés por Laybach ó sobre las tropas francesas por Lemberg y Varsovia. La brillante imaginación y el valor intrépido del almirante se acomodaban á estos papeles tan diversos como azarosos.

En medio de estas resoluciones, que interrumpían ó precipitaban las noticias que iban llegando, crecía la ansiedad en San Petersburgo, cuando apareció de repente un empleado de la legación rusa, Mr. Divoff, enviado de París por el príncipe Kourakín para dar cuenta de un incidente funesto, y de fresca data. Al salir de París Mr. de Czernicheff olvidó hartamente en su habitación una carta, que comprometía de la manera más grave á un empleado del ministerio de la Guerra, el que le había vendido parte de los secretos de Francia. Esta carta, puesta en manos de la policía, reveló todos los manejos de que Mr. de Czernicheff se había valido para corromper la fidelidad de las oficinas. Por consecuencia de las indagaciones de la policía fué preso uno de los criados de la embajada rusa, y negada su libertad al príncipe Kourakín, quien la reclamaba en nombre de los privilegios diplomáticos sin fruto. Abrióse proceso y todo auguraba que se cortarían una ó más cabezas por este crimen de traición, que, respecto de los agentes franceses, no admitía excusa ni indulgencia. Pero lo más grave era que monsieur Divoff, portador de los documentos de este asunto desagradable, había encontrado las tropas del mariscal Davout más allá de Elbing. No era el pliego de que estaba encargado, por grave que fuese, lo que produjo en San Petersburgo una emoción decisiva, sino el hecho de que llevaba noticia tras de verlos con sus propios ojos. Tanto los parciales antiguos y fogosos de la guerra, como los modernos y resignados, opinaron que Alejandro no se podía ya dispensar de dirigirse á su cuartel general, y que aun así apenas llegaría quizá á tiempo de estar entre sus tropas cuando los franceses pasaran el Niemen; que ya no cabían dilaciones; que hasta para evitar imprudencias convenía que se hallara presente, pues tan animados estaban los generales rusos en el ejército de Lituania que eran capaces de aventurar algún paso indiscreto, que desvaneciese las últimas probabilidades de paz, si aún quedaba alguna. Mr. de Romanzoff quiso oponerse á esta partida, porque dejar salir á Alejandro de San Petersburgo equivalía á obligar á Napoleón á abandonar á París y á hacer la colisión inevitable. Mas no lo pudo conseguir en medio de la emoción que reinaba, y la partida de Alejandro para el cuartel general fué instantáneamente resuelta. Contribuyó especialmente á precipitar esta determinación el deseo de dar satisfacción al sentimiento público por un lado, y por otro el de impedir que los generales comprometieran las últimas probabilidades de paz con algún acto irreparable. No tuvo tiempo de ver á Mr. de Lauristón, si bien encargó que se le diera testimonio de lo mucho que estimaba su noble conducta, y que se le reiterara la seguridad de que no abandonaba su capital para comenzar la guerra, sino al revés, para retardarla, si era posible, afirmando por última vez que hasta en su cuartel general estaría pronto á negociar sobre las bases más equitativas y moderadas.

En la mañana del 23 de abril se dirigió á la iglesia

el zar para asistir al oficio divino con su familia, y seguidamente partió por entre una población numerosa, conmovida por su emoción propia y por la que descubría en el rostro de su soberano. Subió al coche en medio de vivas, y se puso en marcha juntamente con los personajes de más nota de su gobierno y de su corte. Allí se contaban el ministro de lo Interior príncipe de Kotchoubey, el ministro de Policía Balachoff, el gran maestre Tolstoy, Mr. de Nesselrode, el general Pfuhl, alemán que enseñaba al emperador la ciencia de la guerra, y por último, un sueco expatriado, Mr. de Armsfeld, muy metido en las intrigas de entonces. Algunos días más tarde debía juntarse á la comitiva imperial Mr. de Romanzoff para ponerse á la cabeza de las negociaciones, si acontecía que se negociase. Al encaminarse el emperador á Wilna, se proponía hacer parada en el palacio de los Souboff, donde, en cierto modo, iba á dirigir un llamamiento á todos los partidos, visitando una familia famosa por el papel que había representado á la muerte de Pablo I. El general Benningen, célebre por el mismo título y otros más, pues había mandado con gloria el ejército ruso, debía encontrarse allí igualmente. Así los sentimientos más legítimos eran inmolados á la sazón en interés común de la patria amenazada. En el momento de su partida recibió el emperador una comunicación bastante satisfactoria. Le hizo decir Austria que no había por qué infundiera recelos su tratado de alianza con Francia, dado que no le fué posible obrar de otro modo, pero que los treinta mil austriacos enviados á la frontera de Galitzia estarían allí más en observación que en actividad, y que si Rusia nada emprendía contra Austria, poco tendría que temer de aquellos treinta mil soldados (1). Y Alejandro, que había sospechado que así fuera, aceleró su viaje, dirigiéndose á Wilna. Mr. de Lauristón quedó solo en San Petersburgo, rodeado de contemplaciones, mas también de silencio, y aguardando que su corte le sacase de tan falsa posición con una orden de partida, no queriendo añadir con solicitar sus pasaportes una nueva señal de guerra á todas las que se habían dado á pesar suyo.

Para dejar á París no aguardaba Napoleón más que la salida de Alejandro de San Petersburgo. Le había comunicado Mr. de Lauristón los preparativos antes de la partida, y así también tuvo tiempo de tomar sus disposiciones. Consistió la principal en prescribir á sus tropas un tercer movimiento para llevarlas definitivamente á la línea del Vístula, donde debían pasar todo el mes de mayo. Ya se hallaba el mariscal Davout junto á las márgenes de este río, y aún lo había cruzado para avanzar hasta Elbing. Napoleón le ordenó que, sin interrumpir las operaciones particulares que tenía á cargo relativamente al material y á la navegación, se

(1) Jamás aventuro hechos sin seguridad absoluta, y tanto más tomo esta precaución cuanto son más graves. He podido proporcionarme una correspondencia muy amplia y muy curiosa entre el emperador Alejandro y el almirante Tchitchakoff durante el año de 1812. Este almirante gozaba de toda la confianza de su soberano y la merecía. En su correspondencia he hallado la prueba del hecho que afirmo, y además la indicación clara y puntual de los sentimientos que atribuyo tanto á Alejandro como á su corte. Debo añadir, que no debo á la familia del almirante, depositaria de sus papeles y establecida en Francia, la comunicación de estas cartas tan importantes para la historia. (N. del A.)

concentrara entre Marienwérder y Marienburgo y Elbing, yendo siempre los prusianos hacia el Niemen á la vanguardia. Al mariscal Oudinot previno que se encontrara en Dantzick para formar la izquierda del mariscal Davout, á Ney que se estableciera en Thorn para formar su derecha, al príncipe Eugenio que se trasladara á Plock junto al Vístula con los bávaros y los italianos, al rey Jerónimo que reuniera en Varsovia á los polacos, á los sajones y á los westfalianos, á la guardia que se juntara en Posen, á los austriacos que estuvieran prontos á desembarcar por Galitzia en Volhynia. En esta nueva posición ocupaba el ejército la línea del Vístula, desde la Bohemia al Báltico, y debía presentar la enorme masa de quinientos mil hombres, no incluyendo las reservas, sirviéndonos siempre los prusianos de vanguardia en la frontera rusa, sin que se le pudiera reconvenir por ningún acto de agresión, puesto que estaban en su casa. De esta suerte cabía esperar sin recelo alguno los progresos de la vegetación del Norte, porque al primer movimiento de los rusos se estaría en aptitud de obstruirles el camino, antes de que tuviesen tiempo de entregarse á la devastación más leve.

Aun cuando no hubiese por qué temer el que se lanzaran de repente á las hostilidades, con la memoria de lo acontecido en 1807, recordando Napoleón que jamás pudo operar eficazmente en aquellas comarcas antes del mes de junio, quiso proporcionarse todavía con más certidumbre todo el mes de mayo de tiempo y recurrió á nuevos subterfugios para lograrlo, subterfugios que le debían ser funestos, como si la Providencia, resuelta á castigar su imprudencia política confundiendo su prudencia militar, le hubiese empujado á cuanto debía perderle, pues el retardo de las operaciones iba á ser una de las causas principales de las desdichas de esta campaña. Temiendo Napoleón que, rodeado Alejandro en el ejército de los caracteres más fogosos, no teniendo á su lado á Mr. de Lauristón para contrapesar su influencia, acabase por tomar la iniciativa, resolvió despacharle un nuevo enviado, que le pudiera repetir los discursos que había oído á Mr. de Lauristón tantas veces, y repetírselos, ya que no con nuevo lenguaje, á lo menos con nueva cara. Napoleón tenía á la mano una de las personas más idóneas para desempeñar un papel de esta clase, Mr. de Narbonne, entrado en su servicio en el año de 1809 como gobernador de Raab, enviado después de ministro á Baviera, y ahora con misión en Berlín, donde tenía que hacer soportar hartas cosas al desventurado rey de Prusia, cuyo territorio se saqueaba al cruzarlo con algunos centenares de miles de hombres. De consiguiente Napoleón ordenó á Mr. de Narbonne que se dirigiera al cuartel general de Alejandro para cumplimentarle, y para que, aun esquivando discusiones ajenas á su misión, le testificara el deseo y aun la esperanza de una negociación armada, que se celebrara junto al Niemen entre los dos soberanos y que acabara no en la guerra, sino en la renovación de la alianza entre los dos imperios. Mr. de Narbonne debía dar por motivo de su misión la voluntad de precaver ó de reparar las faltas de los generales, que, por impaciencia ó irreflexión, hubieran podido entregarse á actos agresivos sin órdenes de su gobierno. Si los rusos se hallaban en este caso, Mr. de Narbonne debía acreditar la mayor indulgencia. Si, por ejemplo, con el

deseo muy natural de ocupar las orillas del Niemen como nosotros las del Vístula, habían invadido las pequeñas porciones de territorio prusiano, que en las inmediaciones de Memel formaban la izquierda de este río, debía considerar semejante conducta como una precaución militar muy digna de excusa, ofrecer entenderse de una manera amistosa, y entretener á Alejandro durante veinte ó treinta días con la idea y la confianza de una negociación, cuyo desenlace no sería la guerra. Además estaba encargado de darle á conocer la circunstancia diplomática que á continuación se expresa.

Jamás se había lanzado Napoleón á ninguna de sus grandes guerras sin empezar por una intimación pacífica dirigida á Inglaterra. Esta vez ideó obrar de igual modo, enviar un mensaje al príncipe regente por la marina de Boloña, y proponerle la paz bajo las condiciones siguientes. Francia é Inglaterra conservarían lo adquirido hasta entonces, salvo algunos arreglos particulares, ora en Italia, ora en España. En Italia Murat se quedaría con Nápoles y renunciaría á Sicilia, que sería patrimonio de los Borbones napolitanos. En la Península se quedaría José con España, pero dejaría el Portugal á la casa de Braganza. Según se debe hacer memoria, esta era la paz propuesta por conducto de Mr. de Labouchere al marqués de Wellesley. No había probabilidad de que la proposición fuera ni aun escuchada, mas de todos modos significaba una manifestación pacífica, que podía producir algún efecto moral en vísperas de la guerra más terrible de la historia, y por otra parte, debía suministrar asunto á nuevas conferencias con Alejandro. Mr. de Narbonne estaba especialmente encargado de participárselo al soberano ruso, y de darle una nueva prueba de las disposiciones amistosas y conciliadoras del potente emperador de los franceses.

No por mandar Napoleón á Mr. de Narbonne que usara de tal lenguaje, dejó de revelarle la verdad entera, á fin de que desempeñase mejor su cargo. Declaróle que no se trataba de ir preparando una paz que no se quería, sino de ganar tiempo, con el fin de retardar un mes las operaciones militares, y, como era buen oficial y buen observador, le recomendó que lo examinara todo en torno suyo, hombres y cosas, soldados, generales y diplomáticos, para que el estado mayor francés pudiera sacar provechoso partido de las luces adquiridas en el cuartel general ruso. Mr. de Narbonne tenía orden de dejar á Berlín tan luego como recibiera la carta, y debía estar en camino para Wilna desde los primeros días de mayo.

Tomadas estas últimas precauciones, se dispuso Napoleón al viaje. Su proyecto era trasladarse de París á Dresde, permanecer allí dos ó tres semanas antes de ponerse á la cabeza de sus ejércitos, tener una corte magnífica, y dar un espectáculo de poderío, que nunca se había ofrecido quizá al mundo ni en los tiempos de Carlo-Magno, de César y de Alejandro. Autorización solicitaba para ir allí el emperador de Austria con el objeto de ver á su hija, y de preparar el papel que había de representar muy pronto entre Francia y Prusia. También significaba deseos de presentarse allí el rey de Prusia, para reclamar en favor de su pueblo, que miles de soldados hollaban con sus plantas. Cuando tales soberanos pedían visitar, hablar y dirigir súplicas al futuro

vencedor del mundo, ocioso es decir cuántos otros aspiraban á la misma honra. General era la porfía, y como Napoleón quería pasmar á su adversario, desplegando su poder político no menos que su pujanza militar, acogió todas estas demandas, y en cierto modo citó á la Europa entera para Dresde. Allí le debían acompañar la emperatriz y su corte.

En el momento de alejarse, y á pesar de las instancias del príncipe archicanciller, decidióse á una providencia administrativa de las más violentas, y que punto menos que el cadalso, tan antipático por fortuna á su corazón como á su talento, hacía su gobierno igual á todos los gobiernos revolucionarios que le habían precedido. Esta providencia fué la tasa de granos. Había continuado afligiendo al país la carestía, vendiéndose el hectólitro de trigo á 60 y 70 francos; precio que sería hoy exorbitante y lo era más entonces. Prorrumpía la población en el grito ordinario del hambre, pasión la más legítima y ciega de todas, y acusaba de acaparamiento á los arrendatarios y comerciantes. Hasta entonces se había limitado Napoleón á derramar en el mercado de París los granos de reserva, lo cual, sin ser un acto de violencia, era á pesar de todo una manera de segregar la acción benéfica del comercio, absorbiéndolo todo. Pero resultando ineficaz este recurso, aun para contener en París la subida de los granos, donde se operaba el derrame de la reserva, no resistió Napoleón al deseo de impedir violentamente esta carestía excesiva, y creyendo poder obrar con el comercio como con la Europa, decidió por un acto de su voluntad omnipotente y en muchos decretos, expedidos á principios de mayo, que tuvieran facultad los prefectos, no sólo para tasar los trigos, según las circunstancias locales, sino para hacer que saliesen al mercado á la fuerza. Así, la misma víspera del día en que marchaba á una guerra insensata, ensayaba violentar lo que nunca ha podido violentarse, el comercio, imponiéndole precios arbitrarios. Era como un testimonio de afecto que deseaba dar á este pueblo francés, del cual iba á llevar millares de hijos á la muerte; triste testimonio que no era más que una lisonja vana y funesta para apaciguar los murmullos que el hambre y la quinta hacían subir hasta su trono. Después de confiar sus poderes personales al archicanciller Cambaceres; después de recomendarle, no que usara fielmente de ellos, sobre lo cual no abrigaba duda, sino con energía, de lo cual estaba menos seguro; después de dejarle para custodia de su esposa, de su hijo y del centro del imperio, algunos centenares de veteranos de la guardia imperial, incapaces de todo servicio activo; después de repetir, no sólo al príncipe Cambaceres, sino á todos aquellos á quienes tuvo ocasión de dirigir la palabra, que nada aventuraría en esta guerra distante, que obraría con lentitud, con mesura y que consumaría en dos campañas, y aun en tres si era necesario, lo que no creyera prudente intentar en una; después de reiterar estas seguridades, sin tranquilizar á nadie del todo, partió el 9 de mayo con la emperatriz para Dresde, rodeado, no ya del afecto de los pueblos, sino de su admiración, de su temor, de su sumisión; partida funesta, que no pudo impedir resistencia alguna de los hombres, ni de las instituciones, pues entre los hombres ninguno era capaz de hacerse oír ni osara ensayarlo, y respecto de las instituciones, sólo ha-

bía una, su voluntad, la que le llevaba al Niemen y á Moscú.

Se había hecho preceder Napoleón por el príncipe Berthier para la expedición de sus órdenes militares, y había dejado detrás al duque de Basano para el despacho de ciertos negocios diplomáticos que aun exigían algunas atenciones. Acompañado iba de su servidumbre militar y su servidumbre civil, con un aparato que los soberanos más magníficos no habían sobrepujado, sin mostrar menos sencillez en su persona, ni ser menos accesible, como convenía á un hombre extraordinario que jamás temía presentarse á otros hombres, tan seguro de influir sobre ellos con el prestigio de su genio como con el fausto sin par que le rodeaba.

Llegado el día 11 á Maguncia, empleó el 12 en visitar las obras de la plaza, en dictar órdenes, y comenzó el espectáculo de las recepciones soberanas, en las cuales debían figurar, unos tras otros, la mayor parte de los príncipes del continente. En Maguncia recibió al gran duque y á la gran duquesa de Hesse-Darmstadt y al príncipe de Anhalt-Cöthen. La corte imperial cruzó el Rhin el día 13, se detuvo un instante en Aschaffenburg en casa del príncipe primado, siempre sinceramente prendado del genio de Napoleón y no creyendo estarlo de su poderío, y halló luego en el curso del día al rey de Wurtemberg, soberano orgulloso de un pequeño Estado, que, por su carácter violento al par que indomable y su penetrante talento, se había captado de Napoleón más contemplaciones que las obtenidas por los más grandes soberanos, y que le hacía la cortesía de salirle al encuentro, mas no la lisonja de acompañarle hasta Dresde. Pernoctó la corte imperial en Wurtzburgo en casa del gran duque, el cual lo fué antes de Toscana, tío de la emperatriz, príncipe excelente, conservando hacia el emperador Napoleón la misma amistad que en otro tiempo le inspiró el general Bonaparte, amistad sincera, aunque interesada. Al día siguiente 14 fué Napoleón á dormir á Bayreuth, el 15 á Planen, cruzando la Alemania por entre una afluencia inaudita de poblaciones germánicas, en quienes la curiosidad contrapesaba el odio. Efectivamente nunca el potentado, á quien detestaban, les había parecido rodeado de más prestigio. Se hablaba con cierta especie de sorpresa y de terror de los seiscientos mil hombres que acudían á su llamamiento de todos los puntos de Europa; se le atribuían proyectos mucho más extraordinarios que los que había concebido: decíase que se encaminaba por Rusia á la India; también se divulgaban mil fábulas cien veces más locas que sus resoluciones verdaderas, y casi se creía en la consumación de todas, tanto sus triunfos constantes habían desanimado el odio y desacostumbrádole á esperar lo que deseaba. Inmensas hogueras estaban preparadas en los caminos, y llegada la noche se las prendía fuego, á fin de alumbrar su marcha, de suerte que la emoción de la curiosidad producía casi las expansiones del amor y del alborozo. A la mañana del 16 los buenos soberanos de Sajonia se adelantaron hasta Freiberg al encuentro de su poderoso aliado, y por la noche entraron á su lado en la capital de su reino.

Al levantarse Napoleón el 17 recibió á los oficiales de su corona, á los de la corona de Sajonia, y á los príncipes alemanes que le habían precedido ó seguido á

Dresde. Mostróse lleno de cortesía, pero altivo, y debió parecerles embriagado de su pujanza, mucho más que lo estaba realmente, pues al acercarse al peligro, habían cruzado las profundidades de su espíritu ciertas vislumbres, y marchaba á esta nueva lucha menos convencido que arrastrado por aquella corriente de guerras á la cual se había abandonado. Pero sus dudas eran de duración corta, y apenas interrumpían la inmensa confianza que le inspiraba la constancia de sus triunfos, la extensión de sus fuerzas y la conciencia de su genio. Atento con los príncipes alemanes, no se mostró cabal amigo más que del buen rey de Sajonia, á quien amaba y de quien era amado, á quien había arrancado de una vida sencilla y recta para lanzarle en el torrente de sus propias aventuras, y á quien acababa de seducir dándole, bajo el nombre de gran ducado de Varsovia, la soberanía de Polonia, una de las antiguas glorias de su familia, soberanía que aun debía aumentarse, si era feliz la guerra de 1812. Este excelente rey sentíase encantado y gloriábase de huésped tan ilustre, y le enseñaba con orgullo á sus súbditos, que casi olvidaban sus sentimientos alemanes ante el espectáculo de los esplendores dados y prometidos á la familia reinante de Sajonia.

Napoleón aguardaba en Dresde á su suegro el emperador de Austria y á la emperatriz su suegra, vástago por línea de hembras de la casa de Módena, casada en terceras nupcias con el emperador Francisco II, madre adoptiva para María Luisa, princesa dotada de muchas prendas excelentes, bien que vana, altanera y aborrecedora de las grandezas que había sido invitada á ver con sus propios ojos. Al dirigirse á Dresde había obedecido á la política de su esposo y á su curiosidad propia.

A Dresde llegaron el emperador y la emperatriz de Austria al día siguiente que Napoleón y María Luisa, cabalmente para dejar tiempo á éstos de tomar posesión del palacio del rey de Sajonia. El emperador Francisco, que amaba á su hija, y que, sin olvidar la política de su casa, se complacía en ver á esta hija feliz, colmada de gloria y de atenciones por su esposo, abrazóla con satisfacción muy viva. Casi francamente abrió los brazos á su yerno, y vivió en Dresde con cierta especie de inconsecuencia más sincera y más frecuente de lo que se imagina; balanceándose entre el placer de hallar á su hija tan grande y el pesar de sentir al Austria tan abatida; flotando así entre dos sentimientos distintos sin procurar darse cuenta de ellos; prometiendo á Napoleón su auxilio después de haber participado á Alejandro que este auxilio sería nulo; diciéndose que en suma había obrado de la mejor manera al asegurarse á la vez contra los triunfos de uno y otro adversario; creyendo á pesar de todo, mucho más en los de Napoleón, y preparándose á aprovecharse de ellos por las condiciones de su tratado de alianza. Tan débiles son las almas y tan vacilantes los espíritus generalmente que muchos hombres, aun honrados, viven sin remordimientos por traiciones semejantes, excusándose á sus ojos con la necesidad de una posición falsa, no tratando á menudo ni aun de excusarse, y sabiendo perfectamente eludir con la irreflexión el influjo de la conciencia.

El emperador Francisco había preparado á su hija un presente singular y que pintaba muy bien el espíritu